

## INFORMACIÓN TOMADA DE:

<http://www.aciprensa.com/sanjose/>

<http://www.aciprensa.com/noticia.php?n=20332>

## BREVE RESUMEN DE LA VIDA DEL SANTO PATRIARCA SEÑOR SAN JOSÉ

### (PRIMERA PARTE)

San José, esposo de la Santísima Virgen, y en cierto sentido padre del Salvador del mundo, es probable que fuese Nazaret, donde tenía su domicilio hacia los cuarenta años antes del nacimiento de Cristo.

Era de la tribu de Judá y de la familia real que había reinado desde David hasta la cautividad de Babilonia. Fue su padre, según la naturaleza, Jacob, como escribe San Mateo cap. 1; y según la ley Helí, como parece decir San Lucas cap. 3. Su madre fue la muy noble e ilustre matrona Abigaíl; de modo que siendo Jacob y Helí hermanos, y habiendo muerto Helí sin hijos, tomó Jacob por esposa á Abigaíl, y de ella hubo á San José, quien por disposición de la ley, era considerado como hijo de Helí.

Así opinan San Agustín y el angélico Doctor Santo Tomás. Hay autores que creen que San José nació el mismo año del advenimiento al trono de César Augusto, año 27 a.C. que, según refieren Plinio y Séneca, fue notable por un maravilloso fenómeno. Una mañana salió el sol coronado de estrellas dispuestas en forma de espigas de trigo, ceñidas de un arco iris. Este prodigio no era por cierto puramente natural; y al disponerlo así la Divina Providencia, parece que quería manifestar los designios de su amor y misericordia para con los hombres. Los romanos auguraron de él la grandeza del reinado de Augusto; pero nosotros, de ser verdadera tal historia, podemos creer que presagiaba el nacimiento de nuestro santo Patriarca, arco iris que anunciaba al mundo moral la reconciliación del cielo con la tierra y de Dios con los hombres.

Fue su abuelo Matan, hermano de Bar-panter, abuelo que fue de la santísima Virgen María. De aquí se infiere que el Señor San José y la Virgen nuestra Señora fueron primos segundos y ambos descendientes por línea directa de la real casa de David.

Preguntan los sagrados intérpretes sobre estas palabras de San Mateo, Jacob engendró á José esposo de María: ¿por qué se colige la genealogía de Cristo Señor nuestro de la del Señor San José, siendo nuestro Señor hijo de María Santísima y no del santo Patriarca. La razón que dan, es que las mujeres hebreas, cuando heredaban a sus padres para que los bienes no salieran de la tribu, debían, según la ley de los Números, elegir esposo en su misma tribu y linaje; y como San Joaquín, padre de María Santísima, no tuvo hijos varones, debió casarla con varón de su propia familia, y éste fue el Señor San José: por eso la genealogía del santo Patriarca es la de la Virgen y consiguientemente la de Cristo nuestro Señor. Además, según algunos, el Señor San José era heredero del cetro de Judá, el cual, no sólo por promesa y donación de Dios, sino por derecho hereditario de sucesión vino a Cristo por José: porque así como el santo

Patriarca tenía en Cristo, según la ley, y aun prácticamente ejercitaba todos los derechos que tienen los padres sobre los hijos, del mismo modo Cristo nuestro Señor tenía sobre el Señor San José todos los derechos legales que tienen los hijos en razón del título de sus padres, y así lo tenía al reino judaico después de su muerte. Los que sostienen para San José y para Cristo este derecho al reino temporal, ven una prueba de ello en las palabras de los Magos, que solicitando adorar y rendir vasallaje al recién nacido Rey de los judíos, decían: ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?

Y aun parece que quiso el Señor, para mayor honra de su padre putativo el Señor San José, blasonar del título de Rey de los judíos, haciéndolo poner en la cruz sobre su cabeza: Jesús Nazareno Rey de los judíos.

Teólogos de autoridad, entre ellos Gersón y el San Pedro Canisio, afirman que puede piadosamente creerse haber sido San José santificado en el vientre de su madre. El gran Gersón expuso este incomparable privilegio de nuestro santo protector en un sermón que predicó en Constanza con ocasión del concilio, y no consta que los Padres reclamasen contra esta sentencia.—Qué: ¿acaso no parece conforme á la grandeza del misterio de la Encarnación el que San José tuviese el privilegio que tuvo el Bautista, y que quisiera Dios glorificar en estos dos varones escogidos la sublime misión que encomendaba al uno como precursor y al otro, como padre putativo de su santísimo Hijo?

Según la ley fue circuncidado al octavo día de su nacimiento, y sus padres, es de creer que por inspiración del cielo, le pusieron el admirable y alto nombre de José, que significa aumento.

Opinan algunos, con más ó menos fundamento, que á los tres años de su edad fue ilustrado con ciencia infusa; otros se atreven á decir que á los siete años fue adornado y enriquecido con todas\* las ciencias divinas y humanas; según San Agustín, fue eminente teólogo; San Crisóstomo dice que penetró los misterios de la Biblia;

Santo Tomás opina que poseyó perfectamente las ciencias; San Dionisio, que especuló todas las facultades que disputan las escuelas; y San Ambrosio, que alcanzó todas las artes liberales y la historia oriental y que emprendió todas las mecánicas, aunque la que más ejercitó, para sustentar á su divino Hijo y castísima esposa, fue la carpintería, por alta disposición del Altísimo.

Y ¿qué diremos de las virtudes de aquel que, habiendo merecido ser llamado en el Evangelio varón justo, fue destinado para esposo de la más santa entre las puras criaturas, y para ser el padre putativo, guía y guardián del Redentor del mundo ? Desde sus más tiernos años resplandecieron en él todas las virtudes, como convenía al que el mismo Dios había escogido entre todos los hombres, para que desempeñase los cargos más sublimes y grandiosos, que el cielo puede encomendar á un mortal. Vivía elevado en altísimas contemplaciones, mostrando en todo un espíritu angelical y una santidad peregrina, pues su exterior modestia y compostura indicaban el colmo de gracias de que estaba dotada su alma; era de un carácter muy reposado; de rostro sereno y modesto sin afectación; el ánimo humilde; sus palabras eran graves y agradables; su conversación modesta, sin risas, sin perturbación y sin ira; era cortés, afable y cariñoso, y en todo y por todo un dechado de las mayores perfecciones: gran fe, grande esperanza y grandísima caridad, virginal y celestial pureza, perfectísima obediencia, rara simplicidad, singular prudencia,

maravillosa fortaleza y constancia, increíble paciencia y mansedumbre, vigilancia cuidadosa y solícita providencia.

Además de la hermosura del alma, quiso dotarlo el Señor de las mayores perfecciones y hermosura exterior, porque su imagen y perfecciones habían de ser como un bosquejo, según el cual había de formar el Espíritu Santo en el seno de la Santísima Virgen, como dice Isolano, la hermosísima humanidad de Cristo.

i Qué fundamento tenían, pregunta el doctísimo Salmerón, cuantos llegaban á conocer y tratar á Cristo, para conocerle y tratarle, sin controversia alguna, como á hijo de San José? Y responde, que no pequeño fundamento era la semejanza tan grande en facciones, en genio y costumbres, que Jesús, como si San José le hubiese realmente engendrado, era en rostro, genio y costumbres un retrato perfeccionado del santo Patriarca.

## **LA VIDA DE SAN JOSÉ**

### **(SEGUNDA PARTE)**

José nació probablemente a Belén, su padre se llamó Jacob (Mateo 1,16) y parece que era el tercero de seis hermanos. La tradición nos transmite la figura del joven José como un muchacho de mucho talento y un temperamento humilde, dócil y devoto.

José era un carpintero que vivía en Nazaret. Según la tradición, cuando tenía alrededor de treinta años, fue convocado por los sacerdotes al templo, con otros solteros de la tribu de David, para tomar esposa. Los sacerdotes ofrecieron a cada uno de los pretendientes una rama y comunicaron que la Virgen María de Nazaret habría de casarse con aquel cuya rama desarrollase un brote. "Y saldrá una rama de la raíz de Jesse, y una flor saldrá de su raíz" (Is. 11,1). Sólo la rama de José floreció y de ese modo fue reconocido como novio destinado por el Señor a la Santa Virgen.

María, a la edad de 14 años, fue dada en esposa a José, sin embargo ella siguió viviendo en la casa de su familia de Nazaret de Galilea por un año, el tiempo requerido por los Hebreos entre el casamiento y la entrada en la casa del esposo. Fue precisamente en este lugar donde María recibió el anuncio del Ángel y aceptó: "He aquí a la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra." (Lc. 1,38).

Ya que el Ángel le había avisado de que Isabel estaba embarazada (Lc. 1,39), pidió a José que la acompañara a casa de su prima en los últimos tres meses de embarazo de aquella. Tuvieron que realizar un largo viaje de 150 Km ya que Isabel residía en Ain Karim, Judea. María permaneció cerca de Isabel hasta el nacimiento de Juan Bautista.

A su regreso de Judea, María puso a su esposo frente a una maternidad que no podía explicar. Muy inquieto, José combatió contra la angustia de la sospecha y pensó hasta en dejarla y huir secretamente (Mt. 1,18) para no condenarla en público, pues era un esposo justo. Si María era considerada adúltera la ley senenciaba que fuera lapidada junto con su hijo, fruto del pecado. (Lev. 20,10; Deut. 22,22-24).

José estaba a punto de actuar así cuando un Ángel le apareció en sueños para disipar sus temores: "José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque el hijo que espera es obra del Espíritu Santo" (Mt. 1,20). Todas sus turbaciones desaparecieron y José apresuró la ceremonia de fiesta de entrada de su esposa en su casa.

Un edicto de César Augusto ordenaba el censo de toda la tierra (Lc. 2,1). José y María partieron hacia la ciudad de origen de la dinastía, Belén. El viaje fue muy fatigoso por el estado de María, próximo a la maternidad.

Belén en aquellos días estaba lleno de extranjeros y José buscó en todas las posadas un lugar para su esposa, pero las esperanzas de hallar una buena acogida se frustraron. María dio a luz a su hijo en una gruta del campo de Belén (Lc. 2,7) y algunos pastores acudieron para visitarla y ayudarla (Lc. 2,16).

La ley de Moisés prescribía que la mujer, después del parto, fuera considerada impura y permaneciera 40 días segregada si había dado a luz un niño y 80 días si era una niña. Después tenía que presentarse al templo para purificarse legalmente y hacer un ofrecimiento, que para los pobres se limitaba a dos tórtolas o dos pichones. Si el niño era primogénito, él pertenecía a Dios, según la Ley. Al tiempo de la purificación fueron al Templo para ofrecer su primogénito al Señor. En el Templo encontraron al profeta Simeón que anunció a María: "una espada de dolor te atravesará el alma" (Lc. 2,35).

Llegaron los magos de oriente (Mt. 2,2) que buscaban al recién nacido, Rey de los Judíos. Teniendo conocimiento de esto, Herodes se preocupó mucho y trató por todos los medios saber dónde estaba para hacerlo desaparecer. Los Magos hallaron al niño, lo adoraron y le ofrecieron sus regalos, dando un alivio a la Sagrada Familia.

Cuando ellos partieron, un Ángel del Señor se le apareció a José y lo exhortó a huir: "Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto. Quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes buscará al niño para matarlo" (Mt. 2,13).

José se levantó, aquella misma noche tomó al niño y a su madre y partió hacia Egipto (Mt. 2,14 ) para emprender un viaje de unos 500 Km. La mayor parte del camino fue por el desierto, invadido de serpientes y muy peligroso a causa de los bandidos. La Sagrada Familia tuvo que vivir la penosa experiencia de ser prófuga, lejos de su tierra, porque así se cumplía cuanto había dicho el Señor por medio del Profeta (Os XI,1): «Llamé de Egipto a mi hijo» (Mt. 2,13-15).

Inmediatamente después de la muerte de Herodes, el Ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre y regresa a la tierra de Israel, porque ya han muerto los que querían matar al niño» (Mt 2,19-20). José se levantó, tomó al niño y a su madre, y volvieron

a la tierra de Israel. Pero al enterarse de que Arquelao gobernaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allá. Conforme a un aviso que recibió en sueños, se dirigió a la provincia de Galilea y se fue a vivir a un pueblo llamado Nazaret. Así había de cumplirse lo que dijeron los profetas: «Lo llamarán "Nazareno"» (Mt.2,19-23).

Los miembros de la Sagrada Familia iban a Jerusalén cada año por la fiesta de Pascua. Cuando Jesús tenía 12 años hicieron lo mismo. Pasados los días de fiesta, emprendieron el camino del regreso creyendo que el pequeño estaba en la comitiva. Pero cuando se dieron cuenta de que no estaba con ellos, empezaron a buscarlo afanosamente y, después tres días, lo hallaron de nuevo en el Templo, sentado en medio de los maestros de la Ley, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Sus padres se emocionaron mucho al verlo. Su madre le dijo: "Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo hemos estado muy angustiados mientras te buscábamos" (Lucas 2,41-48).

Pasaron otros veinte años de trabajo y de sacrificio para José siempre cerca de su esposa, y murió poco antes de que su Hijo empezara la predicación. No vio la pasión de Jesús sobre el Gólgota probablemente porque no hubiera podido soportar el atroz dolor de la crucifixión de su Hijo tan amado.

José fue el padre terreno de Jesús y, como tal, tuvo que cubrir las necesidades de la familia, proteger y criar a su hijo adoptivo, siempre dispuesto a satisfacer la voluntad de Dios conociendo, en parte, algunos de sus designios.

Se prodigó más allá de lo humano para que nada le hiciera falta a su familia y, como padre, para enseñar las cosas de la vida a su hijo, porque Él, como un niño cualquiera, tenía que ser sumiso a la voluntad paterna. Dios no le asignó a un padre cualquiera, sino a un alma pura, que fuera sostén de una cándida esposa y de un Dios encarnado.

Muchos han subestimado su misión. No discutió nunca las órdenes impartidas en el sueño o a través de los mensajeros de Dios, sino que las ejecutó fielmente, aunque estas implicaban abandonar todo lo que había conseguido hasta ese momento --las amistades, los haberes y la seguridad social-- para afrontar lo desconocido.

Su fe era tal que no albergó dudas o incertidumbres, fue a donde Dios lo enviaba, con su carga, con sus tesoros constituidos por una delgada madre y un recién nacido que luego se fue haciendo niño. Como padre, no se opuso, sino que, conociendo la Divina Voluntad, cuidó, acompañó y, en su ánimo ardiente, bendijo a su Hijo, a fin de que anunciara la Palabra y se cumplieran en el mundo los designios del Padre.

Fue un trabajador modelo, un ejemplo admirable. Llevó a la familia sobre un navío certero y supo guiarla hacia playas y puertos seguros, incluso cuando las aguas eran tumultuosas. Supo ser un digno compañero de su esposa y se amaron con sentimientos tan puros que encantaron a los Ángeles del cielo.

¡Oh Vosotros, padres!, extraed enseñanza de este hombre que supo construir una familia humana. Aplicó a ella todas las virtudes de que era capaz con su alma ardiente de amor. Solo el amor y la fe le permitieron, en el camino de su vida, superar notables obstáculos y ofrecer tanta delicadeza humana a su alegre niño que tanto adoraba.

Muchos subestiman la importancia que tuvo San José en los proyectos de Dios. Pero ¿podía Dios confiar a una alma cualquiera la responsabilidad de ser padre terreno? ¿O bien en su omnisciencia escogió a un alma predestinada? Ya en el cielo le asignó el puesto que le competía.

Apelad tranquilamente a este Santo, a fin de que pueda interceder por vosotros en todas vuestras necesidades. Por su fidelidad y por su amor le han sido dadas las potestades de intercesión y de gracia para todas vuestras necesidades. Sea para vosotros un modelo constante.

Si como padres de familia supierais caminar tras sus huellas, podríais alegraros porque vuestra familia sería mirada benignamente desde el cielo, la gracia y la bendición bajaría sobre vosotros y sobre vuestra familia. Seríais modelos de rectitud inflamados de amor, no sólo por vuestra familia, sino por todos aquellos que se tambalean, se desesperan y necesitan apoyarse en ejemplos coherentes.

En la familia confíaos a él, pedidle apoyo y rezad, a fin de que atraigáis hacia vosotros las virtudes necesarias para vuestra salvación.

Dice Jesús:

A todas las esposas a quienes torture un dolor les recomiendo imitar a María en su viudez: unirse a Jesús.

Aquellos que piensan que María amó con un amor tibio a su esposo, ya que él era esposo del espíritu y no de la carne, están en un error. María amaba intensamente a su José, al cual había dedicado seis lustros de vida fiel. José había sido padre, esposo, hermano, amigo, protector.

Ahora ella se sentía sola como sarmiento arrancado de la vid. Su casa estaba como golpeada por un rayo. Estaba dividida. Primero, era una unidad en que los miembros se apoyaban recíprocamente. Ahora venía a faltar el muro maestro, primero de los golpes dados a aquella familia marcada por el próximo abandono de su amado Jesús.

La voluntad del Eterno, que la había querido esposa y Madre, ahora le imponía la viudez y el abandono de su criatura. María dice, entre lágrimas, uno de sus sublimes "sí". "Sí, Señor, que se haga en mi según tu palabra".

Y para tener fuerza en aquella hora, se aferró a Mí. María siempre se aferró a Dios en las horas más graves de su vida. En el Templo, llamada a la bodas; en Nazaret, llamada a la maternidad; todavía en Nazaret, entre las lágrimas de la viudez; en Nazaret, en el suplicio de la separación del Hijo, sobre el Calvario en la tortura de verme morir.

Aprended, vosotros que lloráis. Y aprended, vosotros que morís. Aprended, vosotros que vivís para morir. Buscad merecer las palabras que dije a José: Será vuestra la paz en la lucha de la muerte. Aprended, vosotros que morís, a merecer que Jesús esté cercano, como vuestro consuelo. Y si no lo habéis merecido, osad igualmente a llamarme cercano. Yo vendré, las manos llenas de gracias y de consuelos, el Corazón lleno de perdones y de amor, los labios llenos de palabras de absolución y de estímulo.

La muerte pierde su aspereza si pasa entre mis brazos.

Creed. No puedo abolir la muerte, pero la vuelvo suave para quien muere confiando en mí.

## **DECRETO QUE PROCLAMA A SAN JOSÉ PATRONO DE LA IGLESIA**

### **(TERCERA PARTE)**

A la Urbe y al Orbe.

De la misma manera que Dios había constituido a aquel José, procreado del patriarca Jacob, superintendente de toda la tierra de Egipto, para conservar el trigo del pueblo, así, con la plenitud de los tiempos, para mandar sobre la tierra a su hijo Unigénito Salvador del mundo, escogió a otro José, del que aquel era figura, y lo hizo Señor y Príncipe de la casa y su posesión y lo nombró custodio de sus principales tesoros.

De hecho, él tuvo por esposa a la Inmaculada Virgen Maria, de la cual nació del Espíritu Santo Nuestro Señor Jesucristo quien, cerca de los hombres, fue digno de ser Hijo de José, y le estuvo sujeto. Y Aquél, que tantos reyes y profetas ansiaban ver, José no solo lo vio sino que moró con Él y, con paterno afecto, lo abrazó y lo besó y, además, nutrió con cuidado al pueblo fiel comiendo como pan descendido del cielo, para conseguir la vida eterna. Para ésta sublime dignidad, que Dios confirió a éste fiel servidor suyo, la Iglesia siempre tuvo en sumo honor y alabanza al Beato José, después de la Virgen Madre de Dios, su esposa, e imploró su intervención en los momentos difíciles.

Por tanto, ya que en estos tiempos malvados la misma Iglesia, plagada de enemigos por todas partes, está totalmente oprimida por los más graves males, que hombres impíos pensaron hacer prevalecer finalmente las puertas del infierno contra de ella, los Venerables excelentísimos Obispos del Orbe Católico presentaron al Sumo Pontífice sus súplicas y las de los fieles a los que cuida, pidiendo que se dignase en constituir a San José Patrono de la Iglesia Católica. Habiendo luego, en el Sacro Concilio Ecuménico Vaticano, renovado más insistentemente sus peticiones y sus votos, el Santísimo Señor, nuestro Papa Pío IX, consternado por el reciente y luctuoso estado de cosas, para confiarse a sí y a todos los fieles al potente patrocinio del Santo Patriarca José, quiso satisfacer los votos de los excelentísimos Obispos y solemnemente lo declaró Patrono de la Iglesia Católica, ordenando que su fiesta, el 19 de marzo, fuera celebrada con rito doble de primera clase, aunque sin octava, al modo de la Cuaresma.

Él mismo, además, dispuso que tal declaración, por medio del presente Decreto de la Sagrada Congregación de los Ritos, fuera hecho público en este día sagrado de la Inmaculada Virgen Madre de Dios y esposa del castísimo José.

No obstante cualquier cosa en contra.

El día 8 diciembre 1870. Cardenal PATRIZI Prefecto de la S. C. de los RR

Obispo de Ostia y Velletri. DOMENICO BARTOLINI Secretario de la S. C. de los RR.

El Patriarca San José campeón de fe

La vida de San José ha estado verdaderamente marcada por las iniciativas de Dios, iniciativas misteriosas, iniciativas más allá de la posibilidad de entender. San José se dejaba conducir porque era justo y "justo" es el hombre que vive de fe.

Dios no le dice nada, no le da explicaciones, pero él obedece. Ha dicho siempre Sí con la vida, no con las palabras. Frente a Dios nunca ha habido preguntas o dudas.

San José obra en el silencio:

¡Cuán fecundo es este silencio! Dios habla y San José hace:

"No temas...", y él no teme, todos los dramas están terminados.

"Levantaos...", y él se levanta, ahí está ya por el camino.

"Vuelve...", y él ya está de regreso.

¡Esta inmediatez de San José a todas las indicaciones del Señor, nos demuestra su bella disposición interior!

San José es el humilde:

Es estupendo este ejemplo de San José que, siendo también jefe de familia, está simplemente a su servicio con una familiaridad hecha de abandono y de continua entrega. San José no mide la vida de Jesús y de la Virgen sobre sus propias exigencias, sino que pone su vida al servicio de ellos. No parte para Egipto cuando es cómodo para él sino cuando el interés de Jesús lo requiere.

## **SAN JOSÉ ES UN HOMBRE COHERENTE:**

### **(CUARTA PARTE)**

San José es un laico en el más profundo sentido de la palabra. Es un hombre como todos. El Verbo se encarna en una familia en la que San José es el jefe y vive en la realidad de las criaturas humanas, en la condición más universal, que es la del trabajo y de la pobreza. San José nos enseña cómo ofrecer a Cristo el servicio de una vida totalmente insertada en la realidad terrena.

Su patronato va más allá de un simple triunfo, ya que se que deriva de una realidad inferior. San José nos hace comprender el contenido del servicio para el Reino y nos ayuda a estar en la historia de la salvación. Aquellos que creen en Cristo, le obedecen y confían en él.

San José se halla insertado en el misterio de la encarnación del Verbo por iniciativa de Dios:

San José es el esposo de María. San José será el padre adoptivo de Jesús. San José presidirá la familia de Nazaret, la sostendrá con su trabajo, la defenderá y la protegerá, sin protagonismo, dejando a Dios ser en él.

San José es el guardián de la más alta y sagrada virginidad: la de María, la inmaculada hija de Dios. ¿Y cómo lo hizo? No diciendo "Aquí estoy yo para defender a todos", sino desapareciendo. Ha custodiado la santidad de Jesús y de María desapareciendo de las miradas de todos, excepto de la de ellos.

San José ha renunciado a entender y ha aceptado de creer, ha renunciado a mandar y ha aceptado obedecer. Sin embargo, creyendo, se ha dejado dirigir por el Señor y Él lo ha introducido en un modo particularmente íntimo en el misterio de la encarnación y de la salvación.

San José, este amable patrono de la vida espiritual, nos ayuda a estar siempre ante el corazón y los ojos de Dios y olvidarnos de nosotros mismos, porque en ese desaparecer a los ojos de todos y a nuestros ojos, nos perderemos en el humilde y silencioso corazón del único Dios y Señor nuestro.

#### Citas sobre el Infierno

Cada pecador enciende en sí la flama de su propio fuego; no es sumergido en un fuego encendido por otros que existieron antes que él. La materia que alimenta este fuego son nuestros pecados. (Orígenes)

Para unos existe el infierno; para otros, no. Entre nosotros y el cielo o el infierno no hay más que la vida, que es la cosa más frágil de todas. (Blaise Pascal)

El infierno está lleno de buenas intenciones. (San Bernardo de Claraval)

La mayor parte de las almas que allí están son las que no creían que el infierno existe. (Faustina Kowalska)

La vida nos fue dada para buscar a Dios, la muerte para encontrarlo, la eternidad para poseerlo. (Nouet)

Nosotros, orgullosos de haber eliminado el infierno, lo difundimos ahora por todos lados. (Elías Canetti)

Dos cosas matan el alma: la presunción y la desesperación. Con la primera se espera demasiado, con la segunda demasiado poco. (San Agustín)

El hombre puede siempre decir a Dios: "Que no se haga tu voluntad"; y esta libertad es la que da origen al infierno. (Pavel Evdokimov)

¡Para salvarse es necesario creer; para condenarse, no! El infierno no es la prueba de que Dios no ama, sólo que existen hombres que no quieren amar a Dios, ni ser amados por Él. Nada más. (Giovanni Pastorino)

Que el hombre sea lacerado por el cielo y la tierra, paciencia; pero sabemos que al final el cielo quiere el jirón que ha sido arrancado por el infierno, y el infierno tiene hambre de aquello conquistado por el cielo. (Stanislaw Lec)

Una cosa me desconcierta intensamente y es que los sacerdotes no hablan más del infierno. Pasa decorosamente en silencio. Se sobreentiende que no todos irán al cielo sin algún esfuerzo, sin alguna convicción precisa. No dudan tampoco que el infierno está en la base del Cristianismo, que este peligro fue a arrancar la Segunda Persona a la Trinidad y que la mitad del Evangelio está llena de ello. Si yo fuera predicador y subiera a la cátedra, probaría en primer lugar la necesidad de advertir al rebaño dormido del espantoso peligro que está corriendo. (Paul Claudel)

Desde que el hombre ya no cree en el infierno ha transformado su vida en algo que se parece al infierno. ¡No puede prescindir de él! (Ennio Flaiano)

Se ha dicho con profunda intuición que, para los condenados el mismo paraíso sería un infierno en su incurable distorsión espiritual. Si pudieran, por absurdo, salir de su infierno, lo hallarían en el paraíso, habiendo considerado enemigas la ley y la gracia del amor. (Giovanni Casoli)

Un Dios solamente misericordioso sería para todos una bonita comodidad; un Dios solamente justo sería un terror; y Dios no es ni una comodidad ni un terror para nosotros. Es un Padre, como dice Jesús, que, cuando estamos vivos siempre está dispuesto a acoger al hijo pródigo que vuelve a casa, pero también es el dueño que al final del día da a todos el sueldo merecido. (Gennaro Auletta)

## ICONOGRAFÍA

### (QUINTA PARTE)

San José se halla representado desde el siglo III en algunos relieves de sarcófagos, siempre junto a la Virgen María, llevando ordinariamente como distintivo un cayado (bastón con el extremo superior curvo) o un instrumento de su oficio.

En el sarcófago de San Celso en Milán de finales del siglo IV aparece con una destal o hacha.

En un díptico de la catedral de dicha ciudad, con una sierra (siglo VI).

En un mosaico de Santa María la Mayor del siglo V empieza a llevar la vara florida con que se dibujará de ahí en adelante.

En la pila bautismal de San Isidoro de León tiene un báculo en forma de T y un libro.

Hasta el siglo V siempre se le da un aspecto joven y hasta el siglo XIII nunca figura aislado o fuera de escena.

### SAN JOSÉ DE NAZARET ESPOSO DE LA VIRGEN MARÍA Y CUSTODIO DEL REDENTOR

19 de Marzo

Dios le confió a San José una misión excepcional: ser esposo de la Virgen María y padre adoptivo de Su Hijo, Jesús, constituyéndose así en el Custodio de la Sagrada Familia. San José es, por lo tanto, el santo que más cerca está de Jesús y de la Virgen.

Las fuentes de información confiable sobre la vida de San José son el evangelio según San Mateo y el evangelio según San Lucas. Existen una variedad de escritos posteriores con muchos detalles contradictorios que se le atribuyen a su vida (el "Evangelio de Santiago", "La Historia Copta de San José", la "Vida de la Virgen y la Muerte de San José", etc.), pero estos libros no están dentro del canon de las Sagradas Escrituras y nunca han sido considerados verdaderos por la Iglesia.

San José era descendiente del rey David y probablemente nació en Belén, aunque vivía en Nazaret en el tiempo de la Anunciación. Su oficio era el de carpintero (Mateo 13,55, Marcos 6,3).

Las palabras de la Anunciación por parte del ángel Gabriel acerca de la venida del Hijo de Dios que se encuentran en el Evangelio según San Lucas 1,28-38, fueron dichas «a una joven virgen que estaba comprometida en matrimonio con un hombre llamado José, de la familia de David. La virgen se llamaba María.» (Lucas 1,27).

En la cultura judía de entonces, toda mujer debía pertenecer a un hombre: a su padre, a su esposo o, si fuera viuda, a un hijo, por lo que este compromiso daba ya los derechos de la vida conyugal; es decir, María ya es esposa de José, aún cuando ella no había salido todavía de la casa paterna (Mateo 1,20,24).

José fue hombre agradable a Dios: justo, bueno (Mateo 1,19). Cuando María quedó embarazada por obra del Espíritu Santo es evidente que José aún no sabía cuál sería su papel en este misterio; pero pronto quedaría aclarado cuando el Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: «José, descendiente de David, no tengas miedo de llevarte a María, tu esposa, a tu casa; si bien está esperando por obra del Espíritu Santo, tú eres el que pondrás el nombre al hijo que dará a luz. Y lo llamarás Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mateo 1,20,21).

De esta manera, aunque José no era padre natural de Jesús, el Hijo de Dios, a él se le encomendó darle el nombre, lo que era propio del padre o tutor y, por lo tanto, San José se convierte en el hombre elegido por Dios para una confianza muy especial: ser el Custodio del Redentor, de María Santísima y del misterio cuyo cumplimiento habían esperado desde hacía muchas generaciones la estirpe de David y toda la “casa de Israel”.

Juan Pablo II nos dijo: “José entra en este puesto con la sencillez y humildad, en las que se manifiesta la profundidad espiritual del hombre; y él lo llena completamente con su vida. «Al despertar José de su sueño hizo como el ángel del Señor le había mandado» (Mateo 1,24). En estas pocas palabras está todo. Toda la decisión de la vida de José y la plena característica de su santidad. «Hizo». José es hombre de acción. Es hombre de trabajo. El Evangelio no ha conservado ninguna palabra suya. En cambio, ha descrito sus acciones: acciones sencillas, cotidianas, que tienen a la vez el significado límpido para la realización de la promesa divina en la historia del hombre; obras llenas de la profundidad espiritual y de la sencillez madura”.

Durante la Navidad en Belén (Lucas 2,1-18), contemplamos a San José en medio de circunstancias adversas, muy cerca de Santa María, lleno de delicadezas con Ella. Jesús va a nacer. Él ha preparado lo mejor que ha podido aquella gruta del pesebre. Pidámosle nosotros que nos ayude a preparar nuestra alma para recibir a Jesús.

Luego vemos a la Sagrada Familia en el momento de la presentación en el templo (Lucas 2,22-35). De nuevo San José dice “sí” a Dios, sin objeciones ni demoras, cuando “el Ángel del Señor se le apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto. Quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes buscará al niño para matarlo.» José se levantó; aquella misma noche tomó al niño y a su madre y partió hacia Egipto” (Mateo 2,13,14).

Imaginemos esa huida de noche, a través de cientos de kilómetros de desierto, hacia un país extraño, sin conocer su lengua, sus costumbres, sin contactos, sin trabajo del cual vivir... para después de un tiempo regresar, siempre en obediencia a la voluntad del Señor (Mateo 2,19-23).

Seguramente Jesús llamaba “padre” a José (Lucas 2,48), pero en el templo de Jerusalén, después que él y María encontraron a Jesús a quien habían perdido de vista, José escucha las misteriosas palabras: «¿Y

por qué me buscaban? ¿No saben que yo debo estar donde mi Padre?» (Lucas 2,49)... y José, lo mismo que María, saben bien de Quién habla. No obstante, Jesús estaba sumiso tanto a José como a María (Lucas 2,51) tal como un buen hijo está sumiso a sus padres.

Pasan los años de la vida oculta de la Sagrada Familia de Nazaret. El Hijo de Dios, enviado por el Padre, está oculto para el mundo, oculto para todos los hombres, incluso para los más cercanos. Sólo María y José conocen su misterio. Viven este misterio cada día. El Hijo del Eterno Padre pasa, ante los hombres, por hijo de ellos; por «el hijo del carpintero» (Mateo 13,55). Al comenzar el tiempo de su misión pública, Jesús recordará, en la sinagoga de Nazaret, las palabras de Isaías que en aquel momento se cumplían en Él, y los vecinos y los paisanos dirán: «¿No es el hijo de José?» (Lucas 4,16-22). El Hijo de Dios, el Verbo Encarnado, durante treinta años de vida terrena permaneció oculto: se ocultó a la sombra de José. Al mismo tiempo, María y José permanecieron escondidos en Cristo, en su misterio y en su misión.

Como se puede deducir del Evangelio, San José dejó esta vida antes de que Jesús se revelara al mundo como Cristo, pues no aparece en los relatos del Evangelio de Su predicación, pasión, muerte y resurrección. Al morir Jesús, María queda sin familia cercana (viuda, sin hijos) que la pueda acoger y, para los judíos de entonces, es como una maldición para una mujer el quedarse sola. Jesús, estando en la cruz, confía María a su discípulo Juan, “Y desde aquel momento el discípulo se la llevó a su casa” (Juan 19,27). Sería absurdo, inconcebible, que una madre tuviera que ir a vivir con otro familiar teniendo esposo o hijos propios.

A propósito de San José, nuestro recordado Juan Pablo II, nos regala esta reflexión: “La Iglesia, que, como sociedad del Pueblo de Dios, se llama a sí misma también la Familia de Dios, ve igualmente el puesto singular de San José en relación con esta gran Familia, y lo reconoce como su Patrono. Esta meditación despierta en nosotros la necesidad de la oración por intercesión de aquél en quien el Padre celestial ha expresado, sobre la tierra, toda la dignidad espiritual de la paternidad. La meditación sobre su vida y las obras, tan profundamente ocultas en el misterio de Cristo y, a la vez, tan sencillas y límpidas, ayude a todos a encontrar el justo valor y la belleza de la vocación, de la que cada una de las familias humanas saca su fuerza espiritual y su santidad”.

San José Custodio del Señor Jesús

#### A. Fuentes

Las principales fuentes de información acerca de la vida de San José son los primeros capítulos de nuestros primer y tercer Evangelios; estas también son prácticamente las únicas fuentes confiables, ya que mientras que tanto en la vida del santo patriarca así como en varios otros temas relacionados con la historia del Salvador que fueron dejados sin tratar por los escritos canónicos, la literatura apócrifa está llena de detalles, la no admisión de dichos trabajos dentro del Cuerpo del Canon de las Sagradas Escrituras lanza una fuerte sospecha sobre sus contenidos, y, aún cuando se pueda dar por acordado que varios de dichos hechos así recopilados puedan estar fundados en tradiciones confiables, en la mayoría de los casos es casi imposible discernir y tamizar tales partículas de verdadera historia de entre los

componentes imaginarios con los cuales están asociados. Entre dichas producciones apócrifas tratando más o menos vastamente algunos episodios de la vida de San José pueden destacarse el así llamado “Evangelio de Santiago”, el “Pseudo-Mateo”, el “Evangelio de la Natividad de la Virgen María”, la “Historia de José, el Carpintero”, y la “Vida de la Virgen y Muerte de José”.

## B. Genealogía

San Mateo (1:16) llama a San José como el hijo de Jacob, de acuerdo con San Lucas (3:23), El fue su padre. Este no es el lugar apropiado para recitar los distintos y variados esfuerzos en resolver las irritantes incógnitas que surgen de las divergencias entre ambas genealogías, ni tampoco es necesario puntualizar las explicaciones que mejor responden a todos los requerimientos del problema (ver Genealogía de Cristo), es suficiente con recordar al lector que, contrariamente a lo que fuese anteriormente afirmado, los escritores más modernos admiten prestamente que en ambos documentos poseemos la genealogía de José, y que es bastante factible conciliar ambos datos.

## C. Residencia

En todo caso, Bethlehem, la ciudad de David y sus descendientes, aparenta haber sido el lugar de nacimiento de José. Cuando, sin embargo, la historia del Evangelio comienza, unos pocos meses antes de la Anunciación, José era situado en Nazaret. Cuándo y por qué el abandonó su tierra natal para radicarse por sí mismo en Galilea no ha sido averiguado; algunos suponen – y la suposición no es de ningún modo improbable – que las entonces humildes circunstancias de la familia y la necesidad de ganarse la vida pueden haber motivado el cambio. San José, por cierto, fue un tekton, como podemos aprender en Mateo 13:55, y Marcos 6:3. La palabra significa tanto mecánico en general como carpintero en particular; San Justino se inclina por la última acepción (Dial. cum Tryph., lxxxviii, in P.G., VI, 688), y la tradición ha aceptado esta interpretación, la cual es seguida por la Biblia Inglesa.

## D. Matrimonio

Es probablemente en Nazaret que José comprometió y desposó a aquella que sería luego la Madre de Dios. Cuándo el matrimonio tuvo lugar, si antes o después de la Encarnación, no es materia fácil de establecer, y en este punto los maestros de la exégesis han disentido en todo tiempo. La mayoría de los intérpretes modernos, siguiendo las huellas de Santo Tomás, entienden que, para la época de la Anunciación, la Santísima Virgen estaba solamente comprometida con José; tal como Santo Tomás informa, esta interpretación se adapta mejor a todos los datos evangélicos.

No será poco interesante de recordar acá, a pesar de lo poco confiable que son, las extensas historias concernientes al matrimonio de San José que podemos encontrar en los escritos apócrifos. Cuando contaba con cuarenta años de edad, José desposó a una mujer llamada Melcha o Escha para algunos, Salomé para otros, con quien convivir cuarenta y nueve años y con quien tuvo seis chicos, dos hijas y cuatro hijos, el menor de los cuales fue Santiago (el Menor, llamado “el hermano del Señor”). Un año después de la muerte de su esposa, cuando los sacerdotes anunciaron por toda la Judea que ellos

deseaban encontrar en la tribu de Judá algún hombre respetable para desposar a María, de entonces doce a catorce años de edad, José, quien ya tenía en dicho momento noventa años, fue a Jerusalén entre los candidatos, un milagro manifestó la elección de José realizada por Dios, y dos años después la Anunciación tuvo lugar. Estos sueños, como los caracteriza San Jerónimo, a partir de los cuales varios artistas Cristianos han dibujado su inspiración (ver, por ejemplo, "Los Esponsales de la Virgen" de Rafael), están viciados en su autoridad; a pesar de ello adquirieron con el correr de los años cierta popularidad, en ellos algunos escritores eclesiásticos buscaban la respuesta a la bien conocida dificultad surgida a partir de la mención en los Evangelios de "los hermanos del Señor", de ellos también la credulidad popular, contrariamente a toda probabilidad así como también a la tradición atestiguada por viejos trabajos artísticos, ha retenido la creencia de que San José era un hombre anciano en el momento de su matrimonio con la Madre de Dios.

#### E. La Encarnación

Este matrimonio, verdadero y completo, estaba pensado, en la intención de los esposos, para ser un matrimonio virginal (cf. St. Aug., "De cons. Evang.", II, i in P.L. XXXIV, 1071-72; "Cont. Julian.", V, xii, 45 in P.L. XLIV, 810; St. Thomas, III:28; III:29:2). Pero pronto, la fe de José en su esposa iba a ser dolorosamente probada: ella iba a tener un hijo. Pese a lo doloroso que el descubrimiento debió haber sido para él, sin conciencia de lo que significaba el misterio de la Encarnación, sus delicados sentimientos le prohibieron a sí mismo difamar a su prometida, y resolvió "abandonarla en secreto; pero mientras pensaba en dichas cosas, el ángel del Señor se le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no temas recibir a María como esposa, ya que lo que ha sido concebido en ella, es obra del Espíritu Santo. Y José, levantándose de su sueño, hizo tal como el ángel del Señor le encomendó y la tomó por esposa" (Mateo 1:19, 20, 24).

#### F. El Nacimiento y la Huida a Egipto

Unos pocos meses más tarde, llegó el tiempo para José y María de ir a Belén (Bethlehem), para ser censados, de acuerdo con el decreto emitido por el César Augusto: una nueva fuente de angustia para José, puesto que "sus días se habían cumplido, ella debía ser asistida para el parto", y "no había lugar para ellos en la posada (Lucas 2:1-7). "Cuáles han sido los pensamientos de este santo varón en el nacimiento del Salvador, la venida de los pastorcitos y de los sabios, y en los sucesos ocurridos durante la Presentación de Jesús en el Templo, solamente podemos adivinarlos; San Lucas únicamente dice que él estaba "admirado de las cosas que se hablaban de El" (2:33). Nuevas pruebas seguirían pronto. Las noticias de que un rey de los Judíos había nacido bastó para encender en el malvado corazón del viejo y sangriento tirano, Herodes, el fuego de los celos. Nuevamente, "un ángel del Señor se apareció en sueños a José, diciendo: Levántate, y toma al niño y a su madre, y huye a Egipto: y permanece allí hasta que te sea avisado" (Mateo 2:13).

#### G. Regreso a Nazaret

La citación para regresar a Palestina llegó recién después de unos pocos años, y la Sagrada Familia se estableció nuevamente en Nazaret. La vida de San José es, de aquí en adelante, la simple y apacible vida

de un humilde Judío, que se mantenía a sí mismo y a su familia con su trabajo, y observando fielmente las prácticas religiosas prescriptas por la Ley u observadas por los Israelitas piadosos. El único incidente digno de mención, recogido en los Evangelios, es la pérdida y angustiosa búsqueda de Jesús, de entonces doce años de edad, cuando El se extravió durante la peregrinación anual a la Ciudad Santa (Lucas 2: 42-51).

## H. Muerte

Esto es lo último que escuchamos acerca de San José en las Sagradas Escrituras, y bien podemos suponer que el padre adoptivo de Jesús falleció antes del comienzo de la vida pública del Salvador. En varias circunstancias, por cierto, los Evangelios nos hablan de la madre y hermanos (Mateo 12:46; Marcos 3:31; Lucas 8:19; Juan 7:3), pero nunca hablan acerca de Su padre en conexión con el resto de la familia, solamente nos cuentan que Nuestro Señor, durante Su vida pública fue sindicado como el hijo de José (Juan 1:45; 6:42; Lucas 4:22) el carpintero (Mateo 13:55). Es posible pensar que Jesús, además, cuando estaba a punto de morir en la Cruz, haya confiado Su madre al cuidado de Juan, estando San José todavía con vida? De acuerdo con la apócrifa "Historia de José el Carpintero", el santo hombre había alcanzado los ciento once años cuando murió, el 20 de Julio (del Año del Señor 18 ó 19). San Epifanio le asignaba noventa años de edad en el tiempo de su deceso, y si vamos a creerle al Venerable Beda, ól fue enterrado en el Valle de Josafat. A decir verdad no sabemos cuándo murió San José, es bastante improbable que él haya alcanzado semejante madurez de edad de la cual nos hablan la "Historia de San José" y San Epifanio. Lo más probable es que haya muerto y sido enterrado en Nazaret.

## II. Devoción a San José

José era un "hombre justo". Este elogio otorgado por Espíritu Santo, y el privilegio de haber sido elegido por Dios para ser el padre adoptivo de Jesús y el Esposo de la Virgen Madre, son los fundamentos de los honores asignados a San José por la Iglesia. Tan convincentes son dichos fundamentos que no deja de ser sorprendente que el culto a San José fuese tan lento en ganar reconocimiento. La principal de las causas de esto es el hecho de que "durante los primeros siglos de existencia de la Iglesia, eran sólo los mártires quienes gozaban de veneración" (Kellner). Lejos de ser ignoradas o pasadas por alto durante los primeros años de Cristianismo, las prerrogativas de San José fueron ocasionalmente confrontadas entre los Padres; incluso tales elogios, que no pueden ser atribuidos a los escritores entre cuyos trabajos ellos encuentran cabida, atestiguan que las ideas y la devoción allí expresadas eran familiares, no sólo para los teólogos y predicadores, y deberían haber sido prestamente bienvenidas por la gente. Las huellas más tempranas de reconocimiento público acerca de la santidad de San José son halladas en Oriente. Su fiesta, si es que podemos confiarnos de las afirmaciones de Papebroch, era tenida en cuenta por los Coptos ya en los tempranos inicios del siglo cuarto. Nicéforo Calixto dice asimismo – cuya autoridad desconocemos – que en la gran basilica erigida en Belén (Bethlehem) por Santa Elena, había un magnífico oratorio dedicado en honor de nuestro santo. Lo cierto es, sea como sea, que la fiesta de "José el Carpintero" se encuentra registrada, el 20 de Julio, en uno de los antiguos Calendarios Coptos que ha llegado a nuestras manos, así como también en un Synazarium de los siglos octavo y noveno publicado por el Cardenal Mai (Script. Vet. Nova Coll., IV, 15 sqq.). Menologios griegos de una fecha posterior al

menos mencionan a San José en el 25 ó 26 de Diciembre, y otra conmemoración suya conjuntamente con otros santos fue realizada en los dos Domingos inmediatamente anterior y posterior a Navidad.

En Occidente el nombre del padre adoptivo de Nuestro Señor (Nutritor Domini) aparece en algunos martirologios locales de los siglos noveno y décimo, y encontramos en 1129, por primera vez, una iglesia dedicada en su honor en Bologna. Su devoción, por entonces solamente privada, como aparentaba ser, cobró un gran ímpetu debido a la influencia y al celo de santos de la talla de San Bernardo, Santo Tomás de Aquino, Santa Gertrudis (muerta en 1310), y Santa Brígida de Suecia (muerta en 1373). De acuerdo con Benedicto XIV (*De Serv. Dei beatif.*, I, iv, n. 11; xx, n. 17), "la opinión generalizada de lo aprendido es que los Padres Carmelitas fueron los primeros en importar desde Oriente hacia Occidente la loable práctica de tributarle un completo culto a San José" Su fiesta, introducida hasta el fin poco tiempo después, en el Calendario Dominicano, fue ganando paulatinamente una posición segura en numerosas diócesis de Europa Occidental. Entre los más celosos promotores de la devoción en dicha época, San Vicente Ferrer (muerto en 1419), Pedro d'Ailly (m. en 1420), San Bernardino de Siena (m. en 1444), y Jehan Charlier Gerson (m. en 1429), merece una especial mención Gerson, quien, en 1400, compuso un Oficio de los Esponsales de José particularmente en el Concilio de Constanza (1414), como medio de promocionar el reconocimiento público del culto de San José. Recién bajo el pontificado de Sixto IV (1471-84), los esfuerzos de dichos benditos hombres fueron recompensados por el Calendario Romano (19 de Marzo). Desde aquel entonces la devoción adquirir cada vez mayor popularidad, y la dignidad de la fiesta fue guardando relación con su firme crecimiento. Primeramente sólo fue una *festum simplex*, y fue prontamente elevada a un doble rito por Inocencio VIII (1484-92), declarada por Gregorio XV, en 1621, como una fiesta obligatoria, a instancias de los Emperadores Fernando III y Leopoldo I y del Rey Carlos II de España, y fue elevada al rango de fiesta doble de la segunda clase por Clemente XI (1700-21). Además, Benedicto XIII, en 1726, agregó el nombre en la Letanía de los Santos.

Una festividad en el año, sin embargo, no fue considerada suficiente para satisfacer la piedad popular. La Fiesta de los Esponsales de la Santísima Virgen y San José, tan vigorosamente propugnada por Gerson, y concedida por Paulo III a los Franciscanos, después a otras órdenes religiosas y diócesis individuales, fue, en 1725, concedida a todos los países que la solicitasen, un apropiado Oficio, compilado por el Dominicano Pierto Aurato, fue asignado, y el día fijado en el 23 de Enero. Esto no fue todo, la reformada Orden Carmelita Descalza, en la cual Santa Teresa infundió su gran devoción hacia el padre adoptivo de Jesús, lo eligió, en 1621, como su patrono, y en 1689, les fue permitido celebrar la fiesta de su Patrocinio en el tercer Domingo después de Pascua. Esta fiesta, pronto, adoptada a lo largo de todo el Reino de España, fue posteriormente extendida a todos los estados y diócesis que solicitasen el privilegio. Ninguna otra devoción, tal vez, haya crecido tan universalmente como esta, así como tampoco ninguna otra pareció haber atraído con tanta fuerza a los corazones de los cristianos, y particularmente de las clases obreras, durante el siglo diecinueve, como fiesta de San José.

Este maravilloso, y sin precedentes, incremento de la popularidad ha sido otro nuevo galardón para ser adosado al culto del santo. Complementariamente, uno de los primeros actos del pontificado de Pío IX, siendo él mismo particularmente devoto de San José, fue hacer extensiva a toda la Iglesia la fiesta del Patrocinio (1847), y en Diciembre, 1870, de acuerdo con los deseos de los obispos y de toda la feligresía,

lo declaró solemnemente al Santo Patriarca José, como patrono de la Iglesia Católica, y resolvió que su fiesta (19 de Marzo) debería de allí en adelante ser celebrada como una doble de la primera clase (pero sin octava, a causa de la Cuaresma). Siguiendo los pasos de sus predecesores, Leon XIII y Pío X han exhibido un similar deseo de agregar sus propias joyas a la corona de San José: el primero, permitiendo en ciertos días la lectura del Oficio Votivo del santo, y el restante aprobando, el 18 de Marzo de 1909, una letanía en honor de aquel cuyo nombre al recibir en su bautismo.

<http://www.aciprensa.com/sanjose/>

<http://www.aciprensa.com/noticia.php?n=20332>

**CHARLES L. SOUVAY**

**Transcrito por Joseph P. Thomas**

**En memoria del Padre José Paredom**

**Traducido por Christian Longarini**